



La sociedad del cansancio

Luis Fernando Ramos Samayoa¹
Univesidad Autónoma de Chiapas
luisf_01@hotmail.com

La violencia de la positividad que resulta de la superproducción, el superrendimiento o la supercomunicación, ya no es “viral”. La inmunología no ofrece acceso alguno a ella. La repulsión frente al exceso de positividad no consiste en ninguna resistencia inmunológica, sino en una abreacción digestivo-neuronal y en un rechazo. El agotamiento, la fatiga y la asfixia ante la sobreabundancia tampoco son reacciones inmunológicas. Todos ellos consisten en manifestaciones de una violencia neural, que no es viral, puesto que no se deriva de ninguna negatividad inmunológica (Han, 2012, p.12).

17

El libro “La sociedad del cansancio” del filósofo surcoreano-alemán Byung-Chul Han, dividido en 9 capítulos, nos introduce a una reflexión de la sociedad actual en donde el hipercapitalismo y la globalización se encuentran consolidados, provocando un status neurótico en los individuos, en donde las enfermedades neuronales se hacen cada vez más presentes: la depresión, el trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP), etc.

Este estado neurótico de la sociedad es provocado por un exceso de positividad. Esta positividad se entenderá en 3 distintas maneras. La primera de ellas, se encuentra en el primer capítulo, **Violencia neuronal**: se trata de una diferenciación del estado anterior de la sociedad, conocida como el estado inmunológico, entendida así ya que una comunidad

¹ Estudiante de séptimo semestre de la Licenciatura en Filosofía, Facultad de Humanidades, Campus VI, Universidad Autónoma de Chiapas. Correo electrónico: luisf_01@hotmail.com.



de individuos rechaza la otredad o lo que es distinto, como si se alzaría una defensa inmunológica a lo que es extraño para un grupo de individuos. Pero, en la actualidad, con el surgimiento de la globalización, ya no hay nada extraño o nada distinto, pues las comunidades ahora están en un estado de comunicación constante en donde la otredad se vuelve algo propio, y lo que antes era extraño, ahora es exótico. Es así que la primera forma de entender la positividad es este estado en donde todo es idéntico.

Lo idéntico no deja pautas para que se alcen las defensas, pues no hay nada extraño, ya no nos encontramos en un estado inmunológico en donde haya un despliegue para protegerse de lo extraño, una violencia hacia lo distinto, ya no hay una negatividad hacia algo, no hay ningún rechazo. Pero no ha dejado de haber una violencia: la violencia de la actual sociedad positiva es autoinfligida, nace de la propia estructura social, es decir, esta violencia es inmanente. La violencia positiva a través de lo idéntico es una violencia de la saturación y, por igual, exhaustiva, pues el sujeto siempre se ve envuelto en una sobreabundancia de lo idéntico.

18

La segunda manera de entender la positividad la encontramos en los capítulos (**Más allá de la sociedad disciplinaria**), tres (**El aburrimiento profundo**) y cuatro (**Vita Activa**), en los cuales se entiende que la positividad, es una potencialidad. La positividad de la potencia siempre es un hacer algo, esta potencia es la que habita en cada individuo, y así el sujeto se vuelve un sujeto de rendimiento, sujeto que se mueve en discursos “we can”, en donde la imposibilidad de un objetivo no se toma en cuenta. Esos sujetos son lo contrario a la sociedad disciplinaria de Foucault, en donde el poder lo poseen las instituciones y éstas entran en una negatividad con el sujeto, estableciendo la obediencia. La potencialidad positiva le da el poder al sujeto, logrando que el sujeto esté siempre haciendo algo, proponiendo proyectos o iniciativas. Esta misma potencialidad coloca al sujeto en estado de producción constante, pero el sujeto no deja de estar disciplinado como lo marca Foucault, pues entra en una fase disciplinaria que es obligatoria para poder



ser productivo; sin embargo, la ambición de producir y el poder se encuentran siempre en el sujeto.

En esta sociedad de rendimiento el trabajo es transformado en una hipereactividad del que-hacer individualizado, pues el sujeto siempre debe estar produciendo algo. Esta posición, según el autor, es contraria a la planteada por Hannah Arendt, quien propone un *animal laborans* para el cual el trabajo es un proceso vital de la especie; un trabajo donde la individualidad se deja atrás, para poder funcionar mejor en el proceso vital. El *animal laborans* de Arendt es un animal social, cada individuo apoya al proceso evolutivo de la especie.

Este proceso evolutivo-biológico, en el que se ha envuelto el ser humano, desde la visión de Arendt, tiene todos los puntos de una metanarrativa moderna, de acuerdo con la cual se colocan en un camino a seguir, en una trayectoria en donde el hombre llegará a una utopía. Este tipo de narrativas, en la sociedad actual, ya no pueden verse cumplidas, pues, de antemano, estos sujetos han perdido su dimensión teleológica, los sujetos de la sociedad actual no creen en Dios y el más allá. El sujeto está desprovisto de cualquier creencia, esto trae, como consecuencia, visualizar el mundo como un presente constante, pues no hay futuro en realidad, el sujeto vive en lo efímero. Esta connotación efímera constante provoca, en el sujeto una falta de ser, y lo hace vivir en una aceleración constante, en donde el sujeto debe producir siempre. El sujeto actual no es libre, pues siempre tiene nuevas obligaciones que cumplir.

La tercera connotación de lo positivo se encuentra en la pérdida de la *vita contemplativa*. Esto lo encontramos en los capítulos cinco (**Pedagogía del mirar**) y siete (**La sociedad de Cansancio**). La *vita contemplativa* nace desde una potencia negativa, es una potencia del no hacer. Desde la perspectiva de Nietzsche, esta potencia del “no” hacia las cosas es diferente, pues no muestra una imposibilidad para hacer algo, sino es una negación en donde se abre una liberación de los impulsos y de los estímulos de la vida. La





potencia positiva siempre está relacionada con algo, nos deja tirados ante el mundo recibiendo una cantidad de estímulos externos sin detenernos, de aquí nace la hipertensión. El sujeto pierde la contemplación y la reflexión, pierde estados como el miedo y la rabia, estados del sujeto que rompen con el tiempo y permiten la reflexión sobre la vida. Por ejemplo, la rabia permite romper un estado y posibilita que comience uno nuevo.

El sujeto, al estar en estado de potencia positiva constante, pierde la capacidad de mirar, pensar, hablar y escribir, entendiéndolos como estados en donde la calma y la reflexión se pierde, es así que, desde la postura de Nietzsche, estas habilidades son necesarias para la creación de una cultura superior: el sujeto actual vive en estado de vileza desde la perspectiva nietzscheana. La sociedad del rendimiento logra que los sujetos, al tratar de seguirle el ritmo, se vean cada vez más relacionados con el dopaje, con el aumento de las capacidades vitales del hombre.

La pérdida de la *vita contemplativa* y del ámbito del exceso de positividad logran la peor violencia, el cansancio; un cansancio que aísla y divide al sujeto, el cansancio que se presenta en estar cansado del otro, es una queja por reafirmar y poner el campo de importancia en el Yo, en la individualidad.

El exceso de positividad en la sociedad que nos muestra Byung-Chul Han es realmente preocupante, pues con cierta certeza se puede afirmar que la revisión que hace el autor sobre la sociedad es correcta. La vida actual va cada vez más deprisa y se trata cada vez más de superar los límites biológicos para aumentar la producción. Las industrias piden cada vez más eficacia, la información gracias a internet llega a una gran velocidad y se desecha de la misma manera, el entretenimiento se vuelve cada vez más fácil de consumir, negando algún tipo de reflexión al espectador, el arte no busca ya hablar de la condición humana sino de sucesos sociales, y lo hace de una manera tan rápida para poder llegar a la discusión a tiempo.



Un tema más de reflexión es el poder. Para el autor, el poder lo poseen los sujetos, y éste es una propiedad esencial que provoca el rendimiento de la sociedad actual, pues la velocidad y la capacidad de producir no se encuentran en las industrias, sino en la ambición del sujeto. La sociedad del rendimiento le pide cada vez más al sujeto, que llene expectativas aún más altas; el sujeto no puede simplemente estudiar, sino que debe estudiar hasta el nivel académico más alto, al mismo tiempo que trabaja y posee un proyecto personal para ser considerado un miembro activo o productivo de la sociedad, provocándole un colapso, una neurosis.

El depresivo, como menciona Han, busca llenar esas expectativas, el depresivo no está a la altura, y en esta condición nos encontramos una apelación: la sociedad del rendimiento disciplina a sus sujetos haciendo creer que ellos tienen el poder cuando en realidad no lo tienen; es decir, la sociedad de rendimiento disciplina con optimismo y con discursos de que todo se puede lograr, alegando que los sujetos siempre busquen aspirar a más de lo que tienen, llenándose de actividades para sentirse a la altura. Es así que alguien exitoso es una persona que tiene más, el que mejor nivel académico tiene, o el que tiene más ingresos y comercios, etc.

El humano, en su vitalidad biológica, tiene la necesidad de producir y de formar parte de una comunidad, aportando a ella su labor, pero, en sociedades más tranquilas, les deja el encargo de una sola actividad a una sola persona, es decir, el carpintero solo fungía como carpintero y no tenía la necesidad de ser más para la comunidad. La creencia que pone en la mente la sociedad actual es que los humanos tienen la capacidad de ser multifacéticos y multiproductivos a niveles exagerados, logrando una búsqueda interna para tener más y de hacerlo más rápido que otro miembro de la comunidad (promoviendo la individualidad), provocando que se envuelva en esa aceleración de la vida sin nunca llegar a llenar las expectativas; siempre hay algo más que hacer.





Referencia bibliográfica

Han, B.-Ch. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.